

describir de una manera notable las costumbres de los cristianos en el siglo en que fué escrito.

Los siete libros de los *Stromatas*, á los cuales hoy se designaria con el título de *Misceláneas ó ensayos*, comprenden una série de objetos diversos. Las opiniones filosóficas de todas las escuelas se colocan frente á frente en este trabajo de las doctrinas evangélicas, rindiéndose un tributo de distincion y superioridad al Cristianismo sobre la filosofía. Todo cuanto se trata en estos libros presenta el atractivo de la novedad, y como monumentos históricos nos han servido de mucho para enriquecer nuestras opiniones respecto del estado de la elocuencia escrita en el período histórico que nos ocupa. La lectura de la mayor parte de las obras de que hablamos, ha sido para nosotros uno de los trabajos mas minuciosos á que nos hemos consagrado para escribir este libro.

¿Cuál es el rico que se salva? contiene preceptos instructivos é interesantes.

ORÍGENES, discípulo y sucesor de San Clemente de Alejandría, es uno de los hombres mas extraordinarios que nos ha conservado la historia de la filosofía y la literatura cristiana. Reclamando de nosotros el estudio de los Santos Padres una gran estension, nos vemos precisados á ceñirnos en este momento á lo mas preciso en la ligera reseña que de los Apolo-gistas venimos haciendo, razon por la cual remitimos á nuestros lectores acerca de estas materias á los tratados especiales, y muy principalmente á las obras mismas que como mas notables citamos al hablar de cada uno de ellos.

Orígenes, como Arnobio, San Dionisio Areopagita y otros, escribieron obras, cuyo ensayo no nos compete sin desnatura-

lizar la índole de nuestro libro; pero todos estos escritores notables que prepararon seguramente el gran período en la historia de la predicacion, de que vamos á ocuparnos inmediatamente, merecian de nuestra parte un recuerdo y un tributo de sincera admiracion.

Compuso Orígenes un gran número de obras, tantas, que San Gerónimo y San Vicente de Lerins consideran casi imposible, no ya el componerlas un hombre solo, sino llevarlas á leer. De las obras de Orígenes nos quedan los *Comentarios*, las *Homilias* sobre la Escritura, una brillante *Exhortacion al martirio*, un tratado de la *Oracion* y el famoso libro *contra Celso*, verdadera y gran apología de la religion, y la mas sábia, en opinion de Bossuet, de las obras de Orígenes.

Eusebio, al ocuparse del tratado de Orígenes contra Celso, recomienda su lectura á cuantos deseen conocer á fondo la religion cristiana, añadiendo que este libro es la refutacion mas completa, no solo de los errores de la época en que se escribió, sino de cuantos pueda inventar en todos tiempos la perversion del corazon humano: San Basilio y San Gregorio Nacienceno hacen de ella grande estima; San Gerónimo encarece su diction; Fleury, Huet, Tillemond, Dupin y otros autores, la recomiendan por su utilidad, por su erudicion y por la energia con que destruye los sofismas de su adversario (1).

Apologistas latinos.

TERTULIANO es, sin duda alguna, el mas elocuente de los Apologistas latinos: San Agustin, San Gerónimo, San Vicente

(1) La mejor edicion de las obras de Orígenes, es la que hizo en París el P. La Rue en 1733.—*Origenes opera omnia quæ græce vel latine tantum extant.*

de Lerins, Bossuet, Fleury, Chateaubriand, Henry, Balzac, Aug. Neander, Charpentier y otros muchísimos escritores, han emitido su juicio sobre este defensor ilustre de la verdad católica: nada necesitamos añadir, por nuestra parte, para estimular á los jóvenes á leer detenidamente sus obras, como preparacion conveniente y necesaria para dedicarse al ministerio de la predicacion.

Q. Septimio Florente Tertuliano era natural de Cartago, y nació entre los años 150 al 160, distinguiéndose en su juventud como abogado y profesor de retórica. Ambos títulos eran suficientes para conseguir las mas grandes distinciones; pero Tertuliano prefirió, lleno de asombro en presencia del heroísmo de los cristianos, abrazar esta creencia sublime y consagrarse enteramente á su defensa. Convirtiéndose el año 185, publicando el *Apologético* en el 199.

Imaginacion susceptible é impresionable, vasta erudicion y claro ingenio, vehemencia en el decir, dialéctica irresistible, vigorosa entonacion, estilo inimitable y sentencioso, si bien algo rudó por efecto de su nacimiento y primera educacion, son los rasgos característicos de Tertuliano, como escritor. El plan de sus trabajos no puede ser mas oportuno é interesante; las consecuencias mas decisivas vienen siempre á encadenarse con los principios mas luminosos.

Tertuliano compuso diversas obras apologéticas contra los paganos, los judíos y los hereges; entre todas se distingue el libro de las *Prescripciones*, modelo de escritos forenses. «Desde el momento en que Tertuliano escribia estas palabras: *la verdad ha nacido entre las mantillas del odio*, ya se dejaba adivinar, dice el señor Muñoz y Gárnica, que el orador africano, asido á las tribunas, retaria á los emperadores y magistrados

hasta recabar declaraciones favorables al ejercicio de la religion, arrollando la última de las resistencias en que buscaban abrigo los oradores gentiles que comenzaban á enmudecer, los instigadores y la gente desenfadada que no podia tampoco conciliar con aquella religion de pureza sus desarregladas costumbres. Tertuliano fué el principal de esos famosos Apologistas que se decidieron á pelear, no contra las ideas, sino contra la fuerza: no discute las doctrinas del Oriente, sino que descarga sus golpes contra Roma; hiera al gentilismo en el corazon de su Pontificado. *¿Qué enemigos tiene delante? Soldados enfurecidos y esclavos de condicion alevisa. ¿Se acusa á los cristianos de imperitos, ignorantes é iliteratos? Se les acusa de sacrificar un niño en la celebracion de sus misterios. ¿Quién nos cerró las bocas ensangrentadas, dice, para que el Juez no viese la sangre entre los dientes?* Alaba la piedad de los antiguos romanos, para ponerles delante los vicios presentes: ensalza á Marco Aurelio, para deprimir mas á su sabor la raza de los Nerones: escarnece los dioses en que ya no creen los gentiles, y las nobles matronas que se prostituyeron en la corrupcion de todas las cosas. Porque el desenfreno de las costumbres lleva siempre su influencia á la ley, pide la abrogacion de las que, incuas é injustas, llevaban á los cristianos á la muerte. *Si quitan á los cristianos la defensa, dice, son absurdas: si les impiden replicar, son incuas: si las clasifican y definen, son tiránicas.... ¿Y no se pueden enmendar al menos las leyes que hicieron los hombres?... los Lacedemonios, ¿no hallaron nada que corregir en las leyes de Licurgo?* Tertuliano hace notar que al tiempo que se persigue á los cristianos porque adoran al único Dios, criador de cielos y tierra, los filósofos y poetas paganos hacen burla de sus ídolos, y celebran

en los teatros los chistes indecorosos de Lentulo y Hostilio, que á porfia hacen mofa de los dioses. Tertuliano emplea de este modo sus brillantes antítesis como otras tantas saetas contra el *poder*, y exhorta á los mártires con patéticas arengas llenas de dulzura: pide la abolicion ó reforma de tan duras leyes, mientras se junta en coro con los cristianos para pedir por sus bárbaros sacrificadores. Con unas pocas palabras, pero de un vigor irresistible, acaba Tertuliano su apología. Lástima grande que no se despidiera para la muerte, sino para el montanismo, el elocuente sacerdote que levantó un rico monumento con esta fiera provocacion á los tiranos: *Fatigadnos, dice, atormentadnos, que vuestra maldad es la prueba de nuestra inocencia.... Segundo, nos sembráis: que la sangre de los cristianos es semilla.... En el mismo tribunal os damos las gracias por la sentencia de muerte que recibimos. Están en competencia vuestra crueldad y la piedad divina: el juez con toda su ira nos condena; Dios con toda su misericordia nos absuelve.»*

Trascribiriamos otros muchos trozos de los escritos de Tertuliano; nuestro libro ganaria en ello, si por otra parte no tuviésemos que limitarnos al objeto á que lo consagramos. Materias hay sobre las cuales contrista el abandonar la pluma; es este un sacrificio mas que nos impone las condiciones editoriales de un trabajo consagrado á los jóvenes que se dedican á los estudios eclesiásticos, y que por lo general no cuentan con grandes recursos para hacer su carrera.

Los tratados morales, como el de la *Penitencia*, las *Exhortaciones al martirio y la paciencia*, el libro de los *Especáculos* y el de los *Adornos de las mujeres* están llenos de grandes pensamientos y rasgos sublimes. Tertuliano se entregó

en los últimos años de su vida en brazos del error; su carácter, mas bien que su orgullo, como suponen algunos, fué la causa de sus extravíos, y nosotros nos inclinaremos siempre á creer, fiados en la misericordia de Dios, en el arrepentimiento de esos grandes genios que tan hábilmente supieron defender en la tierra el imperio de la verdad. Tertuliano murió el año 245.

MINUCIO FELIX, autor de un *Diálogo* notable en defensa de la religion cristiana, nació en Africa, pátria de Tertuliano, y se distinguió en Roma como abogado. Las particularidades de su vida son poco conocidas, si bien sabemos por él mismo que se convirtió á la fé persuadido de la injusticia que se cometia con los cristianos persiguiéndolos cruelmente á pesar de su inocencia.

San Gerónimo, Lactancio y San Cipriano, elogian mucho la obra de Marco Minucio Félix: es en efecto digna de estima por la conviccion y naturalidad que revelan sus páginas todas.

ARNOBIO nació en Sicca, ciudad africana en la provincia proconsular: defendió en un principio el paganismo con gran empeño, y al convertirse, su palabra llevó la persuasion al ánimo de muchos incrédulos. Mas de una vez aprovechó este Apologista sus argumentos en favor del error para demostrar cuán inútiles son para la razon los sofismas de la impiedad.

Se cree que escribió su obra *Contra los gentiles* el año 303, en el reinado de Diocleciano: adolece de algunos defectos, y entre otros de falta de claridad, permitiéndose alguna vez, por efecto de sus antiguas creencias, espresiones que desdicen del objeto de su trabajo.

LACTANCIO, discípulo de Arnobio y profesor á su vez de retórica en Nicomedia, se educó y perseveró durante muchos años en los errores del paganismo. Convertido á la fé, escribió varias obras en defensa de los cristianos, siendo las mas notables un tratado *De la muerte de los perseguidores*, de mas importancia bajo el punto de vista histórico que supone César Cantú, y un libro titulado *Instituciones divinas*, digno de ser leído, y en el cual se encuentran periodos sublimes y pensamientos elevados.

Constantino hizo llamar á Lactancio para que diese lecciones á su hijo Crispo, distinguiéndose tanto durante el desempeño de su elevado magisterio, que llegó á conquistar el título de *Ciceron cristiano*, con el cual es designado por varios autores eclesiásticos.

Lejos de incitar á los fieles á la venganza, les decia: «Aléjese de nosotros semejante idea; déjese á Dios el cuidado de castigar á nuestros perseguidores; la sangre de los cristianos caerá sobre la cabeza de aquellos que con tanto encono la derraman.» Los escritos de este Apologista se distinguen por el buen método y la elegancia; el plan admira por su regularidad; cada cosa ocupa su puesto sin violencia; las ideas se enlazan insensiblemente y el estilo se asemeja en efecto algun tanto al del orador romano, hasta el punto que algunos críticos no hallan entre ellos diferencia alguna.

SAN CIPRIANO es el último de los Apologistas de que ofrecemos dar en nuestro libro una ligera idea; con este varon insigne cerramos la série de los primeros defensores de Cristo en la persona de sus creyentes, de los historiadores de uno de los periodos mas notables de esa doctrina santa, á quien debemos

no solo el bálsamo de la esperanza, sino el poderoso auxilio de la fé.

Después de la predicacion de los Apóstoles, los Apologistas llenan un gran vacío en las páginas de nuestro libro: los mártires predicaron con elocuencia irresistible, pero de su predicacion el mundo no posee mas que la evidencia de sus dolores y la seguridad de su heroismo: su palabra espira en la garganta que corta la segur, ó se pierde en el griterío atronador de los espectadores que aplauden sin cesar cuando se arroja á la arena una víctima inocente.

Si la apología no se hubiese escrito, hoy se negaría á la religion uno de sus triunfos mas asombrosos. Vivimos en la época de las negaciones, y contra la monomanía de negar el remedio mas seguro son las afirmaciones apoyadas en el testimonio de la historia: los escritos apologéticos son de tanta importancia, que sin ellos la gran obra confiada por Dios á sus escogidos acá en la tierra hubiese quedado incompleta: el visible enlace entre Jesus y sus discípulos, estos y los Padres apostólicos, los Padres apostólicos y los Mártires, los Mártires y los Apologistas, significa la mano de la Providencia llevando al género humano á su salvacion de un modo seguro y duradero. Era preciso por otra parte que el orgullo no se apropiase nunca lo que Dios en su infinita misericordia habia enseñado: los delirios de la vanidad, los estravíos de la razon habian llegado á su colmo, y el mundo entero rendía culto á la obra del hombre: creíala perfecta porque halagaba sus pasiones, y la adoraba: al comenzar la hora de una sangrienta persecucion dió principio tambien la de un gran triunfo, y mientras el paganismo se trataba de imponer por la fuerza, el Catolicismo adelantaba terreno por la persuasion. Oriente y Occidente fueron

el teatro de esa lucha sin ejemplo, cuyo término debía ser el triunfo de la verdad: la teogonía greco-romana con todas sus deformidades se ostentó con un lujo excesivo de sofismas, de seducciones y de sangre, y á pesar de esto la victoria fué para los débiles ancianos llenos de honrosas cicatrices, para las virtuosas matronas, las vírgenes tímidas y los niños inocentes. ¡Quereis, incrédulos, mayor milagro! Espuso el mundo antiguo cuanto habia inventado sin el auxilio de Dios, desplegó cual nunca la poesía sus galas y la elocuencia sus atractivos; el lujo, la molicie, los espectáculos, la mentida libertad que fuera de la doctrina católica ofrecerán siempre al pueblo sus miserables aduladores.... todo pareció llegar á su mayor apogeo; era esto preciso en los altos designios de la Providencia para que el gran suceso que han presenciado y presenciarán los siglos no se borrase jamás de la memoria humana. El poderoso sucumbe, el débil se levanta; ¿qué cambio es este en las reglas ordinarias de la naturaleza? Ese cambio se verificó el dia en que el hombre Dios, espirando en un suplicio afrentoso, fué reconocido por los mismos que le ultrajaban; mas tarde, cuando doce hombres humildes y desnudos, partieron á predicar por todo el mundo la doctrina salvadora y consiguieron la conversion de los hombres; despues se ha realizado infinitas veces, y hoy mismo se obra ante nuestra vista, si en ello fijamos por un momento nuestra atencion: es un distintivo de la verdad católica vencer siempre á pesar de los esfuerzos de sus enemigos y la altivez de aquellos que no quieren reconocer en su poder irresistible una emanacion del poder de Dios, donacion espresa hecha á la Iglesia en la sublime promesa del Redentor que muchas veces hemos citado: *Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.*

Tascio-Cecilio-Cipriano nació en Cartago á principios del siglo tercero, siendo su padre uno de los individuos mas influyentes del Senado: el esmero con que se atendió á su educacion, un talento claro y la seguridad de un porvenir de gloria y de fortuna le hicieron ocupar, siendo aun muy jóven, uno de los primeros puestos en el foro, abriéndose paso por su elocuencia á través de los oradores mas ilustres, y consiguiendo obtener una de las cátedras de retórica, ocupacion que en aquella época era mas bien una dignidad que un empleo.

Cecilio, convertido á la fé por Minucio Félix, trabajó en el importante negocio de la salvacion de Cipriano, consiguiendo al fin, no sin gran trabajo, atraerle al seno del Catolicismo. Cipriano, hecho cristiano, practica todas las virtudes hasta un grado heróico, y elevado al episcopado llena sus deberes con un celo infatigable: fué el alma de su pueblo, dice un escritor, en medio de la persecucion, animando á todos con sus exhortaciones llenas de fé y coronando su vida ejemplar con un glorioso martirio en el año 258.

San Cipriano ha merecido de todos los autores eclesiásticos grandes elogios: sus escritos pueden dividirse en *Cartas y Tratados*, creyendo ocioso recomendar en este momento su lectura á los que quieran conocer por sí mismos las brillantes cualidades que distinguen las obras de este sublime Apologista. Invention fácil, variedad, amenidad, y lo que es mas, claridad y limpieza en la espresion, son segun San Gerónimo, los rasgos característicos de las obras de San Cipriano: Lactancio compara sus escritos á un arroyo de agua cristalina que se desliza con suavidad, pero que engruesado por una tempestad, se convierte en un torrente cuyo impetu todo lo arrastra y precipita.

De San Cipriano nos quedan ochenta y una cartas, algunos versos y varios tratados, entre los que merecen especial mención el de la *Limosna*, el de los *Lapsos*, el de la *Unidad de la Iglesia* y el de *Las obras de misericordia*.

San Cipriano es quizá el más notable de los autores eclesiásticos de esta época por su elegancia en el decir: sus oraciones agradan, enseñan y persuaden, dice el obispo de Beja, no siendo fácil discernir en cuál de estas cosas sobresalió.

La falta de datos y noticias ciertas que acerca de la predicación en España durante el período comprendido en este capítulo hemos podido adquirir, no nos permite como quisiéramos detenernos mucho en este particular, si bien consignaremos lo que autores que merecen entero crédito dan por seguro, y nosotros, apoyados en testimonios de algún valor, podemos afirmar.

España, desde la predicación de Santiago y sus discípulos hasta el siglo IV, se distinguió mucho entre las demás provincias del imperio; las inscripciones, las monedas y los privilegios que se conservan de esta época ponen de manifiesto la alta estima en que nos tuvieron los romanos, y lo bien que supieron aprovecharse nuestros mayores de la civilización que en cambio de una parte de su independencia les ofrecieron. La elocuencia, especialmente en las provincias que hoy componen el reino de Portugal, debió ser cultivada y acomodarse al gusto de los maestros que en tiempo de los Césares vinieron á nuestra patria, lastimándose con razón entre otros San Prudencio de la falta de monumentos positivos que determinen el modo con que se anunció el Evangelio en España durante los tres primeros siglos de la Iglesia (1).

(1) Peristephanon, himno I, vers. 73.

Tertuliano, San Cipriano y Orígenes en diversos pasajes de sus obras, dan claramente á entender que en España se propagó en esta época la religión cristiana con admirable rapidez, de lo cual infieren algunos críticos con fundamento que debían reunir los predicadores del Evangelio excelentes cualidades en sabiduría y santidad.

«La proximidad de España á las escuelas de Africa, dice el obispo de Beja, estaba convidando á que los nuestros aprendiesen en ellas la elocuencia, así como nuestros obispos consultaban en Africa los asuntos de disciplina (1). Nosotros también seríamos recíprocos con respecto á otras provincias en semejantes instrucciones. En nuestras provincias existían las aulas de donde salieron aquellos ministros del Señor de tanta dignidad, como fueron los obispos que en el principio del siglo IV asistieron al concilio Iliberitano, en el cual firmaron Vicente de Osobona, Liberio de Mérida, Januario de Alcázar y Quinciano de Evora. Los prelados de aquel tiempo son un buen testimonio de la instrucción del clero: estaban aun distantes los siglos del ocio y de la barbarie. Sin hablar de la erudición de los Padres de aquel célebre concilio, que se distingue por la variedad de materias que en él se trataron, ellos debían ser elocuentes por la necesidad de convertir y enseñar á los paganos. Entre estos se contaban hombres sabios, como se cree lo eran los Flámines; porque aunque el favor los elevase muchas veces á la dignidad, y aunque los Flámines de los municipios parecen haber mereci-

(1) Véase la carta 68 de San Cipriano y las notas de Pamelio. Puede ser que por los obispos peregrinos de que habla el mismo santo en la carta 32, se entiendan los prelados de España. No se nos oculta que dentro del Africa había obispos peregrinos y pastores de otras diócesis, como leemos en las cartas 42 y 43 de San Cipriano, pero esto no destruye nuestras conjeturas.

do menos consideracion, no es estraño nuestro modo de proceder, en lo cual no creemos hacer injuria á la sinceridad de la historia.»

Pero nada de estraño tiene que carezcamos de medios seguros para escribir la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA en España durante el período comprendido en este capítulo, teniendo en cuenta que si bien en el siglo II de la Iglesia se escribieron las primeras apologías con alguna libertad, bien pronto las persecuciones mas sangrientas sucedieron á ese pequeño respiro, buscándose con empeño los libros santos para consumirlos y á los propagadores del Evangelio para hacerlos enmudecer. España no fué la última en ofrecer su tributo de sangre en aras del altar santo que se elevaba en la cima del Calvario; sus innumerables mártires, sus confesores, sus ilustres prelados, oradores fueron y con elocuencia sublime contribuyeron á arraigar en nuestro suelo una creencia, á la que hemos debido despues todas nuestras glorias y deberemos nuestro futuro engrandecimiento: la palabra de verdad no se estinguíó jamás entre nosotros desde los tiempos apostólicos; la tradicion, la doctrina se conservó en toda su pureza; donde la voz faltaba, predicaba el ejemplo, y la oracion se elevaba al cielo desde las ásperas selvas é inaccesibles montañas, atrayendo sobre los hijos de España beneficios inmensos escritos con caracteres indelebles en las historias todas á las que en este momento con satisfaccion increíble y orgullo nos referimos.

CAPITULO IV.

EDAD DE ORO DE LA ELOCUCION CRISTIANA: *Preliminares*: El Paganismo: paz y constitucion de la Iglesia: triunfo del Catolicismo.—*Padres de la Iglesia griega*: San Atanasio, San Gregorio Nacianceno, San Basilio el Grande, San Gregorio de Nissa y San Astero.

Hemos terminado en el capítulo anterior uno de los períodos mas notables de la historia eclesiástica; vamos á comenzar en este uno de los mas gloriosos de la elocucion cristiana. El siglo IV no es tan solo una época memorable para la religion, lo es tambien para las letras; edad de oro de esa literatura que en una de sus mas brillantes manifestaciones venimos estudiando, nos ofrece los mas raros ingenios, las mas asombrosas capacidades, los talentos mas sublimes, que como modelos acabados, como faros luminosos debíamos presentar á la admiracion de nuestros lectores.

Mucho era necesario que meditásemos antes de escribir una sola línea acerca de los ilustres predicadores de que vamos á ocuparnos: críticos, filósofos, literatos y publicistas sin número se han visto precisados á detenerse ante esas colosales figuras que nos ofrece el genio cristiano, enmudeciendo de asombro al querer sondear sus inimitables concepciones. Tambien por nuestra parte hubiéramos desistido de empeño tan